

UN LIBRO EN RECUERDO DE LA DUQUESA DE PARCENT

Fué la duquesa de Parcent una mujer extraordinaria. Se olvidará su nombre, pues tal es lo corriente en lo humano; pero persistirán las obras que ella llevara a cabo o iniciara hasta sorprenderla la muerte. Porque lo característico de estas obras es que no han desaparecido con ella. Ningún acontecimiento las ha desvirtuado, demostrando su necesidad y arraigo en lo vivo español.

Algunos amigos y admiradores suyos han querido rendir un merecido homenaje a su memoria pidiendo a los que lo fueron de aquella ilustre dama, a los que la conocieron y a los que tan sólo de oídas sabían lo que fué, algunas páginas para formar con ellas un libro-homenaje. Ahora su hija, la princesa de Hohenlohe, recogió y agrupó, acaba de publicar ese libro con el título que mejor le cuadra, *Mi madre*, libro que ha regalado a sus amigos y a Centros oficiales y docentes.

Le encabeza un prólogo de la misma princesa, dedicado a los nietos, descendientes de su madre. Sigue un escrito del conde de Romanones—iniciador de la idea de realizar el homenaje en esta forma—. “En todo el ámbito de la cultura— escribe—, sus felices iniciativas y su inmensa actividad ejercieron incomparable influjo. Inolvidables serán siempre sus ejemplares intervenciones en las múltiples entidades que favoreció con su lucida inteligencia. Porque la característica de su intervención fué la de acertar a unir, de modo inseparable, la delicadeza de su sensibilidad estética a la noble intención de su ánimo.” Luego de publicarse algunos rasgos biográficos dedicados a los que no la conocían bien, tejen sendas flores—escritores, poetas, amigos. S. A. R. la infanta doña Paz dice cuánto podía haber hecho, en su página titulada “¡Si ella viviera!” Eduardo Marquina, en sus “Estrofas pangíricas”, que seguramente unirá al libro que publique, con sus mejores versos va recordando, ya sus viajes, ya sus fiestas, ya sus creaciones, considerándola como fundadora y singularmente como madre. Don Francisco Cambó la califica de “mujer extraordinaria” por sus actividades y el talento con el que las llevara a cabo, escribiendo como “gracias a su intervención suavemente imperiosa”, se debió el que volviera a ser el Palacete de la Moncloa lo que había sido en tiempos de su creadora, la duquesa Cayetana de Silva, siendo él ministro de Fomento, cuando la de Parcent pidió y consiguió fuese entregado a la Sociedad de Amigos del Arte dicho Palacete para su restauración. Y añade: “Jamás conocí yo madre que más y mejor quisiese a su hija, y jamás espero conocer a una hija que sienta más veneración y ternura por su madre.”

Azorín escribe un artículo titulado “Inmenidad, Eternidad”, y Agustín de Amézua relata un curioso episodio de la vida de la duquesa, referente a la creación del Museo del Traje. Don Jacinto Benavente evoca a la gran señora, de la que se podía decir, como Shakespeare, “cada pulgada, un rey”; como de ella, “cada pulgada, una gran señora”. Concha Espina, en prosa y en verso, hace resaltar una característica digna de tenerse en cuenta: “Extiende su mano para establecer y costear obras benéficas, y con un gesto



*En recuerdo de mi madre + hija
Duquesa de Parcent - Princesa de Hohenlohe
Londres - 1898 -*

Duquesa de Parcent con su hija, la princesa de Hohenlohe, en 1894. (Reproducción V. Muro.)

igualmente admirable, se pone un dedo en el labio, sin admitir un solo homenaje, una medalla.” El reverendo padre Legísima, su confesor y constante consejero, deplora no hubieran quedado terminadas las Memorias que quería dejar a sus nietos, ya que él sabe, como testigo de mayor excepción, los afanes y desvelos de la madre. Para el marqués de Lozoya, la duquesa de Parcent fué una precursora en cuestión de darle vida al arte español y hacer revivir industrias olvidadas, dándolas el lugar que merecen. El duque de Maura le dedica un párrafo del libro de sus propias Memorias. Eugenio d’Ors la recuerda en Ronda, y asimismo don José María Pemán, en su página “Manos besadas de los pobres”, habla de ella también en Ronda, terminando con esta preciosa y evocadora frase: “Para mí, la duquesa de Parcent es la sinceridad de un recuerdo vivo”, es “unas manos llenas de besos de pobres, de besos de obreritas que cosían y cantaban”. El padre Valdeparés relata las múltiples obras benéficas en las que colaboró con ella como tesoro, y recuerda otra virtud acentuada en la duquesa: “la de no permitir jamás que se hablase mal del prójimo en su presencia”.

Miguel de Asúa titula su trabajo “Caridad, Inteligencia y Arte”, y después del pintor Manuel Benedito, don José Ortega More-

jón, en versos conmovedores, recuerda la definición que de la dama hizo el incomparable charlista García Sanchiz: “Tenía muchas fachadas y todas ellas al sol.” Basta lo extractado como bosquejo ligerísimo del interés que ofrece el libro y cómo demuestra la admiración que inspiró esta dama a tantos ilustres personajes, sus amigos y colaboradores. Ante los ojos de cuantos lo lean surgirá la imborrable silueta de quien tanto hizo por la Patria y por los desvalidos, sin haber esperado ni recibido jamás recompensa ni distinción alguna por sus obras. No se le escapa esta observación a casi ninguno de los autores, dando con ello fe del altruismo que impulsó o acompañó a la duquesa en cuanto hizo. Lleva el libro varios retratos: con su hija de niña; en Londres, 1892; en Moscú (coronación del último Zar), 1896; París, 1906; el de Moreno Carbonero, de 1925; el de Miguel del Pino, 1929, y uno con su primera nieta, Pimpinela, recién nacida. Recordemos para final la última estrofa del gran poeta Marquina, con que termina el libro:

La llamó Dios un día...
pero perpetuamente,
canta en el río la fontana ausente,
¡sigue viva la madre en la vida que dió!”

M. DE VALDEIGLESIAS